

como la de vm. — Traeme Champaña, dijo á Jerningham, que se presentó luego que le llamó su amo.

Volvió Jerningham al instante, y trajo una botella de Champaña y dos vasos grandes de plata. Llenó uno, le presentó al duque, á quien contra la etiqueta, se le servia el primero, y ofreció el otro á Christian que no le quiso.

Bebióse Buckingham el gran vaso que se le presentó, púsose un momento la mano en la frente, y retirándola de repente, dijo:—Christian, explíquese vm. con claridad. Nosotros nos conocemos uno á otro. Si está mi honor hasta un cierto punto á su disposicion, la vida de vm. está tambien á la mia. Y al decir esto sacó del pecho una pistola y la puso en la mesa. Siéntese vm., y dígame sus proyectos.

—Milor, dijo Christian mirando la pistola con sonrisa, no llamaré á mi socorro por ahora un argumento como ese, aunque seria posible que, en caso necesario, le hiciera ver que no dejo de tenerle; pero mi defensa está en la situacion misma de las cosas, y en el modo

tranquilo con que las mirará Vuestra Magestad.

—¡Mi Magestad! dijo el duque; amigo Christian, tanto ha tratado vm. con los puritanos, que confunde los tratamientos usados en la corte.

—No sé como excusarme, milor, respondió Christian, á menos que Vuestra Señoría no piense se le doy en profecía.

—Profecía, como la que le hizo el diablo á Macbeth, dijo Buckingham. Al decir esto dió el duque una vuelta por la sala, volvió á tomar asiento, y añadió:

—Hable vm. claro, Christian, respóndame como hombre y sin tergiversar. ¿Qué proyectos son esos?

—¡Estos proyectos! ¿Qué proyectos puedo yo tener? yo no puedo hacer nada en un asunto como este. Pero me ha parecido que debo informar á Vuestra Señoría que los santos de esta ciudad (y pronunció estas palabras con un gesto irónico) están fastidiados de no hacer nada, y necesitan hacer algo. Mi hermano Bridgenorth se ha puesto á la cabeza de toda la con-

gregacion del viejo Weiver; porque es preciso sepa Vuestra Señoría que despues de haber vacilado una vez y otra, ha pasado todos limites, y ha venido á ser un hombre de la Quinta Monarquía. Hay ahora cerca de doscientos hombres de la congregacion de Weiver, bien armados y equipados, y prontos para embestir con White-Hall; y, con algo de apoyo de Vuestra Señoría, no dudo que ganen el palacio, y que hagan prisioneros á cuantos en él se hallan.

— ¡Miserable! y, ¿tiene vm. atrevimiento de hacer propuesta semejante á un par de Inglaterra?

— Procure Vuestra Señoría entenderme bien. Convengo en que es una locura la mayor del mundo pedirle se manifieste antes de asegurado el resultado del golpe. Pero seame permitido hablar á nombre de Vuestra Señoría á Blood y á los otros. Podemos contar tambien con las cuatro congregaciones alemanas, los Knipperdolings, los Anabaptistas, que nos serán muy útiles. Despues, milor, Vuestra Señoría es hombre instruido, y sabe el valor de un cuerpo doméstico de gladiadores, que mantiene

un hombre cerca de su persona: lo sabe Vuestra Señoría tan bien como Octavio, Lépido y Antonio, que se dividieron el mundo por medio de tales fuerzas.

— Espere vm. un poco, si gusta; aunque permitiera yo que se le reunieran esos podencos, lo que no haré sino con la certeza mas completa de la seguridad personal del rey; pero en tal suposicion, digo, ¿qué esperanza tendria vm. para ganar el palacio?

— Bully Tom Armstrong, milor, ha prometido su crédito para con los guardias de corps. Ademas tenemos las tropas ligeras dellor Shaftesbury en la ciudad; treinta mil hombres prontos á declararse si él levanta un solo dedo.

— Levante norabuena las dos manos, y si halla ciento por cada dedo, será mucho mas de lo que yo espero. ¿No le habló vm.?

— No, ciertamente, milor; espero el beneplácito de Vuestra Señoría. Pero si no acudimos á él, tenemos la congregacion holandesa, — la de Hans, Snorehout en el Strand, — los protestantes franceses de Piccadilly, — la fa-

milia de Levi de Lewkenor-Lane, — los Muggletoniens en Thames-street.

— ¡Fuera! ¡fuera! ¡largo de tales cómplices! No se olerá mas que á tabaco y á queso en llegando á la accion. Neutralizarán todos los perfumes de White-Hall. — Excúsame ese detalle, mi querido Ned, y dime únicamente cual será el total de tus fuerzas odoríferas.

— Mil y quinientos hombres bien armados, milor, sin contar la canalla, que se levantará muy de cierto. Casi ha despedazado á los presos absueltos esta mañana con motivo de la conspiracion.

— Ahora ya le comprendo á vm. Pero oígame vm., cristianísimo Christian. Al decir esto, adelantó el duque su poltrona poniéndola en frente de la silla, donde su agente estaba sentado. Me ha dicho vm. hoy bastantes cosas. ¿Me comunicaré yo tanto como vm.? ¿Le haré ver que tengo informes como los suyos? Le diré á vm., en una palabra porque ha resuelto vm. dar este impulso y poner toda la gente en movimiento desde el puritano hasta los incrédulos, para el ataque general

contra el palacio de White-Hall, sin darme á mí, siendo par del reino, el tiempo de reflexionar sobre una empresa tan desesperada, ni para prepararme? ¿Diré á vm. por qué, por seducción ó compulsion, quiere vm. empeñarme ó forzarme á sostener su proyecto de vm.?

— Si gusta Vuestra Señoría darme parte de sus conjeturas, milor, le diré con sinceridad si acertó efectivamente.

— Esta mañana llegó á Londres la condesa de Derby. Debe presentarse esta tarde en la corte; espera ser bien acogida. Es posible que se la envuelva en el barullo. ¡Bien, señor Christian, ¿no tengo yo razon? Vm. que dice me ofrece el placer de la venganza, se propone saborearse con su dulzura.

— No me atreveria yo, respondió Christian medio riendo, ofrecérsele á Vuestra Señoría sin gustarle yo como probador.

— Eso es hablar con franqueza. Parte pues sobre la marcha; dale esta sortija á Blood, él la conoce y sabe que debe obedecer al que la lleva. Que reuna mis gladiadores, como tú llamas con agudeza á mis matones. Tambien se

puede recurrir al antiguo proyecto de la música alemana, porque pienso tendrás los instrumentos preparados, pero advierte bien que yo lo ignoro todo, y que se debe respetar la persona del viejo Rowley. Yo haré levantar hogueras y encender hogueras por todas partes, si se pierde un solo cabello de su peluca negra. Pero, ¿qué resultará despues? un lor protector del reino. Cromwel ha disgustado con ese título; está sin popularidad. ¿Por qué no un lor lugarteniente del reino? Sí, los patriotas que se encargan de vengar las injurias hechas á la nacion, y alejar del trono del rey los malos consejeros para colocar al justo en su lugar, (esa me parece que es la palabra) no pueden dejar de hacer buena eleccion.

— Sin duda, milor, porque no hay en los tres reinos mas que un solo hombre de quien se pueda echar mano.

— Muchas gracias, Christian, me fio en vm. Vaya vm.; prepárelo todo, esté seguro de que no se olvidarán sus servicios. Se le colocará cerca de nuestra persona.

— Vuestra Señoría me es mas estimado mi-

lor; pero no se olvide de que, como se le ahorran todas las diligencias preliminares, y todos los inconvenientes que pueden resultar de una escaramuza con la fuerza militar, conviene se halle preparado al primer aviso, para colocarse á la cabeza de una tropa de amigos, de respetables aliados, y para ir al palacio, donde será Vuestra Señoría recibido por los vencedores como su gefe, y para los vencidos como su salvador.

— Lo comprendo, Christian, lo comprendo: estaré dispuesto.

— Y por amor de Dios, milor, que ninguna de esas chispas, Dalilas de su imaginacion* vengan á distraerle esta tarde, y á poner obstáculos á la ejecucion de este gran designio.

— ¿Me cree vm. loco, Christian? vm. es el que pierde tiempo con estarse aquí, cuando debería ocuparse en tomar las medidas oportunas para el logro de un intento tan osado. pero espere vm. un instante, Christian, diga-

* Expresion de Dryden. — Ed.

me, pues, antes de irse, cuando veré yo aquel ser de aire y fuego, aquella peri oriental que entra en un cuarto por el ojo de la cerradura y se marcha por la ventana, aquella houri con ojos negros del paraíso de Mahoma ¿cuando la volveré yo á ver?

— Cuando tenga Vuestra Señoría el baston de lor lugarteniente del reino, respondió Christian saliendo del cuarto.

Luego que Christian se fué, se quedó Buckingham abismado en reflexiones graves. — ¿Habria yo debido obrar de este modo? se decía discurrendo consigo mismo. Pero, ¿podia yo haber obrado de otro? ¿No deberia yo haber ido inmediatamente á la corte, y dar parte á Carlos de la traicion que se trama contra él? — Sí, ¡por Dios! yo lo haré. ¡Jerningham! ¡ven aqui! mi coche con la prontitud del relámpago.—Arrojaréme á sus pies le confesaré todas las locuras que he soñado con ese Christian, se reirá de mí y me enviará enorramala. Ya he abrazado hoy sus rodillas, y no me ha respondido del modo mas halagüeño. No,

verse humillado dos veces en un dia, es demasiado para Buckingham.

Despues de estas reflexiones, se sentó delante de una mesa, é hizo corriendo una lista de los jóvenes de calidad y de sus muy despreciables compañeros, á quienes miraba como que podian reconocerle por gefe, en caso de motin. Apenas la tuvo acabada, cuando Jerningham, trayendo á su amo el vestido, el sombrero y la espada, vino á decirle que ya estaba puesto el coche.

— Que le retiren, dijo el duque, pero que le tengan pronto para el primer aviso. Envia en casa de todas las personas cuyos nombres están en esta lista; mandales decir que me hallo algo indispuerto, y que los convido á una merienda. Con viveza sobre todo, y no se perdone ni tiempo ni dinero.

Hiciéronse bien pronto los preparativos de la fiesta y advertidos los convidados, estando dispuestos la mayor parte de ellos para la diversion, aunque muchas veces indispuertos para cumplir su deber, no tardaron en llegar. Los unos eran jóvenes del primer rango;

los otros, como sucede en la gran sociedad eran hombres, á quienes se convidaba por su impudencia, ó su talento, su genio ó su pasión por el juego. El duque de Buckingham era patron general de esta última clase, y la reunion que se formó por esta vez en su casa, fué muy numerosa.

El vino, la música y el juego de azar hicieron según la costumbre, lo mas de la fiesta. Mezclóse sin embargo mucho mas ingenio que el talento de la generacion actual podria dar, y esta reunion fué mas libertina que lo permitria el gusto de nuestro siglo.

El duque mismo probó el imperio completo que tenia sobre sí mismo, á pesar de su genio inconstante, riendo, *chanceándose* y divirtiéndose con sus amigos, en tanto que su oido acogia con ansia los sonidos mas distantes, como que le podian indicar el principio de la ejecucion de los proyectos revolucionarios de Christian. Oyó ruidos muchas veces, que nacian y morian casi al mismo tiempo, pero no resultó de ninguno las consecuencias que aguardaba.

En fin la noche estaba ya avanzada, Jerningham anunció al señor Chiffinch que venia de la corte, y este digno personage entró a momento.

— Han sucedido cosas extrañas, milor, dijo él, y Su Magestad quiere que vaya Vuestra Señoría al instante.

— ¡Me inquieta vm.! dijo Buckingham levantándose creo, que no habrá sucedido nada malo, que Su Magestad está bueno.

— Perfectamente, y quiere ver á Vuestra Señoría sin pérdida de un instante.

— Esta orden es un poco repentina. Ya ve vm. que tengo una tertulia divertida, Chiffinch; y no estoy tampoco en estado de presentarme.

— Está vm. en un estado muy bueno, milor. Por otra parte ya sabe que Su Magestad es indulgente.

— Es verdad dijo el duque muy desasosogado por una orden tan pronta, sé muy bien que Su Magestad es la misma indulgencia. Voy á pedir el coche.

— El mio está á la puerta, y á la disposicion de Vuestra Señoría.

Privado el duque de todo medio de evasion, tomó un vaso de la mesa, y suplicó á sus amigos continuaran su diversion todo el tiempo que gustasen. — Creo, les dijo, que volveré muy pronto, y sino me despido de vms. con el brindis ordinario : — ¡A que nos veamos aqui el primer lunes del mes próximo los que hasta entonces no estemos ahorcados!

Este brindis se dirigia principalmente al genio de muchos convidados, pero el duque no pronunció estas últimas palabras sin pensar en el destino que podia prometerse, si Christian le hubiese hecho traicion. Vistióse luego aunque de prisa para presentarse en la corte y subió en el coche de Chiffinch dirigiéndose con él á Whitehall.

CAPITULO IX.

- « Gran fiesta la corte daba,
 - « Dulce nectar en los pechos
 - « Bajo sus dorados techos
 - « Vida y gozo derramaba :
 - « El bailaria desplegaba
 - « Sus gracias : el jugador
 - « Arriesgando á la mayor
 - « Un monte de oro, reía,
 - « Si ganaba, y si perdía ;
 - « Que allí es vicio el mal humor,
 - « Y tiene tanta elocuencia
 - « El aire de un real salon,
 - « Que predica la paciencia
 - « Mejor que el mejor sermon. »
- ¿Por qué no venis á la corte?*

La tarde de aquel dia mismo tenia Carlos su corte en el cuarto de la reina á una hora determinada y en ella recibia personas especialmente convidadas, que no eran de la clase primera de sus súbditos, sin excluir por eso la nobleza privilegiada por su nacimiento, ni á los